

Las riquezas artísticas de Laguardia (Alaba)

POR NESTOR DE GOICOECHEA Y ARALUZE

Fundada Laguardia, según tradición, sobre la antigua Biaizteri, a la altura de 603 metros sobre el nivel del mar, fue su primitivo origen una fortaleza construida en un cerro, plaza avanzada de Navarra. Parece ser que Sancho Abarka, que vivió en el primer cuarto del siglo X, fue su creador, y más tarde, Sancho el Sabio, la aumentó, dándola fuero de población.

Existen en esta villa dos iglesias parroquiales, cuya consideración artística merece nuestra atención. Las construcciones llevadas a cabo en ambas iglesias, durante el siglo XVI, época de las transformaciones originadas en la misma, explicarían los cambios de gusto originados en aquellos años, corresponden a la modalidad tan abundante en todo el País Vasco, ha dado origen a la denominación admitida ya en la Historia del Arte, de gótico vasco.

Uno y dos siglos más tarde, se introducen en esas iglesias fantasías del barroco, que tanto indignan a intelectuales del arte. Maestros diversos intervinieron en el adorno de su fábrica: Baskardo, nabarro de Bianca, los guipuzcoanos Arizmendi e Iralzu y el vizcaíno Arbaiza.

SANTA MARIA DE LAGUARDIA

Una impresión agradable recibirá el viajero que por carretera se dirige de Vitoria a los llanos de la Rioja Alabesa. Camino entre montañas grandiosas, cuyas moles se alzan hacia el cielo, atravesando fértiles vegas plantadas de vides y trigales.

Antes de entrar en Haro, se toma a la izquierda del Ebro el camino que conduce a Labastida, se atraviesa sin entrar en la población y a su salida se puede contemplar ya la vista soberbia que presenta la villa amurallada de Laguardia. Ahora más bien, el viaje majestuoso es el que atravesando el Condado de Treviño, hueso burgalés en tierra alavesa, es el que pasando Peñacerrada, asciende al Puerto de su nombre, para desde su cumbre admirar una de las mejores vistas de nuestros recuerdos. Hasta llegar a este lugar una naturaleza alegre y colorida, montañas pobladas de ricas selvas, pueblecitos, entre campos ideales, en torno de iglesias que conservan aun su primitivo arte románico, cautiva la atención. Al llegar a la cima, vemos en la llanura el río que serpentean para regar las fértiles vegas. Bajamos con precaución y entramos en la villa de los muros y torres viejas.

Dejemos para otra ocasión el pueblo. Hoy nos interesa el arte de sus iglesias. Nos dirigimos a la principal.

En Laguardia, como en todas las ciudades amuralladas, sus calles son estrechas. No hay espacio para poder contemplar, en todo su esplendor la figura esbelta de su edificio. Penetramos en la iglesia, y admiramos una construcción románica de la que no imaginamos hallar.

El primer cuerpo correspondió a una primitiva construcción románica que puede atribuirse al siglo XI. Más tarde, seguramente a principios del siglo XIII se reconstruyó. A veinte metros de distancia de los pies de la iglesia se levanta, construida sin duda en la misma fecha. Es un precioso ejemplar de torre que por su estructura y aislamiento es un caso raro.

El aislamiento se debe a que la torre forma parte de la fortificación de la ciudadela. Por eso carece de huecos en su primera y segunda fase, aunque unas ventanucas dan luz al sótano de la planta. Más arriba aparece la decoración.

Aunque la diversidad de arte que encierra esta iglesia, predispone a un estudio bien documentado, sólo nos permitimos someramente hacer una descripción general que permita dar una idea de su grandiosa magnitud.

La disposición del templo primitivo fue distinto del actual. Las obras del siglo XIII no fueron las últimas. En el XIV se planteó una iglesia gótica de tres naves, aprovechándose muy poco de la anterior.

Lo que verdaderamente llama la atención es su puerta principal, verdadero tesoro arqueológico, digno de una catedral. Parece ser del gótico de la última etapa de este siglo. Multitud de estatuas decoran sus cinco archivoltas: ángeles mágicos que celebran el triunfo de la Virgen; profetas que anuncian hechos venideros: Reyes celestiales que en nada se parecen a los terrestres; apóstoles en tamaño natural; figuras como pedía el estilo espiritual e idealista de la época, labradas con primor, expresión y justeza tan natural que recuerdan a las mejores estatuas de los maestros de la época.

Los siglos venideros han dejado huella de su época en las nuevas restauraciones. El crucero, es obra del siglo XVI, donde puede darse por acabado el arte gótico. El ábside es poligonal al exterior, el tramo recto del presbiterio está cerrado con bóveda.

La iglesia posee magníficos altares. Uno de ellos es casi gemelo de los notabilísimos de Briones y Fuenmayor. Todos ellos son obras de los grandes maestros que hemos citado anteriormente: el navarro Juan Baskardo y los guipuzcoanos de Lizurnil, Juan de Arizmendi y Juan de Iralzu. El primero de ellos fue a la vez escultor y arquitecto.

A los lados del crucero, existen dos capillas de poco fondo y bóvedas de crucería. En una de ellas la mesa del altar está compuesta de una gran losa dedicada a un ilustre patricio del pueblo.

Gran número de pormenores convidan a los amantes del arte a visitar este monumento: dos grandes ventanas góticas; una hermosa pila bautismal; la ancha y majestuosa escalera que conduce al coro, decorado con una sillería de nogal; bóvedas de crucería, estrelladas. En fin, el arte que contiene este templo, obliga a permanecer en él el tiempo que no disponemos por azares de la vida.

SAN JUAN BAUTISTA

Esta iglesia merece también nuestra atención. Por la calle Mayor abajo, estrecha y larga, entre muros de sillería de casonas solariegas, que si no pertenecen a palacios, tienen la grandeza de mansiones nobles, vamos a conocer otro monumento que las generaciones pasadas levantaron, sintiendo la belleza del arte y sin ser egoístas y utilitarios. La mayor parte de estas fachadas son del Renacimiento.

Al final de la calle y tropezando con el hermoso palacio de Samaniago, contemplaremos la iglesia de San Juan. Inmensa mole, grandiosa que no presentando en su exterior el encanto del arte, el interior guarda una agradable sorpresa.

Ha habido en ella tres obras de importancia en tres épocas distintas. La primera en la transición del románico al gótico, o sea a fines del siglo XII; otra ojival en el siglo XIV y la tercera del siglo XVIII.

Poco queda de la primera época. El tiempo no perdura y hace su labor de destrucción, que obliga a reponer con distinto arte, según el gusto de la época y la creación de nuevos estilos.

La planta de San Juan es de cruz latina, con tres ábsides, uno correspondiente a la nave central y los otros dos a las naves menores que desembocan en el crucero. Los apoyos que sostienen las tres naves son de planta cuadrada con gruesas columnas. Los arcos son apuntados. Después de abiertos en los muros los arcos que dan entrada a la capilla del baptisterio, se resintió la obra y hubo que reforzar la parte sensible.

La decoración del templo es grave y sencilla en sus adornos. Sin embargo la de los arcos del coro, debido sin duda a ser de época posterior a la obra del templo, presenta mayor riqueza artística.

Aunque la planta general gótica permanezca en pie, sufrió sin embargo en el ábside central, durante el siglo XVII, una transformación. Era la época del churriguerismo y por lo tanto dejó huella de su paso por este templo.

Se acabaron las reformas interiores, pero se adosó a los pies de la iglesia la suntuosa capilla de la Virgen del Pilar. Al exterior nada tiene de particular, su planta octogonal tiene 11,90 metros de diámetro. Dentro de su recinto se eleva una cúpula espaciosa y el conjunto de las líneas y decoración de la capilla, resulta muy agradable.

La gran decadencia artística de aquella época, fue causa del poco valor artístico de las esculturas que le adornan.

Cada maestro, cada artista, ha puesto siempre especial empeño en crear una escuela original, que no habían de coincidir con la de sus maestros. En los estilos todos los elementos decorativos se agotan y dejan lugar a otros nuevos que por desgracia no mejoran los anteriores. Sin embargo, hay que reconocer que siempre ha habido buenos y geniales artistas que si no han triunfado en su época, la posteridad ha sabido aquilatar sus meritorias creaciones otorgándoles su bien ganado premio que no han podido saborearlo en vida.

Sólo nos resta recomendar a todo admirador del arte no desperdicie la ocasión de visitar las joyas que encierra, amén de un agradable viaje, la villa de Laguardia que desde su altura vigila celosa la tierra de la Rioja Alavesa.